

## CAPITULO IV.

En el que se cuenta la espantosa aventura del lozero, y la historia del trapiento.

**N**INGUNA fantasma ni espectro espanta al hombre mas cierta y constantemente que la conciencia criminal. En todas partes lo acosa y amedrenta, y siempre á proporcion de la gravedad del delito por oculto que este se halle. De suerte que aunque nadie persiga al delincuente y tenga la fortuna de que no se haya reveledo su iniquidad, no importa; él se halla lleno de susto y desasosegado en todas partes. Cualquiera casualidad, un ligero ruido, la misma sombra de su cuerpo agita su espíritu, hace estremecer su corazon y le persuade que ha caido ó está ya para caer en manos de la justicia vengadora. El desgraciado no vive sin fatiga, no come sin amargura, no pasea sin recelo, y hasta su mismo sueño es interrumpido del susto y del sobresalto. Tal era mi estado interior cuando entré en esta capital. A cada paso me parecia que me daban una paliza, ó que me conducian á la cárcel. Cualquiera que encontraba vestido de negro me parecia que era Chanfaina: cualquiera vieja me asustaba, figurándome en ella á la muger del barbero: cualquier botica, cualquier médico... ¡qué digo! hasta las mulas me llenaban de pavor, pues todo me recordaba mis maldades.

Algunas veces se me paseaba por la imaginacion la tranquilidad interior que disfruta el hombre de buena conciencia, y me acordaba de aquello de Horacio cuando dice á Fusco Aristio\*.

El hombre de buen vivir  
Y aquel que á ninguno daña,

---

\* No es traduccion literal, sino alusion á la oda 22 de Horacio que comienza: *Integer vitæ scelerisque purus &c.*



No ha menester el escudo  
Ni flechas empozoñadas.  
Por cualesquiera peligros  
Pasa y no se sobresalta,  
Seguro en que su defensa  
Es una conciencia sana.

Pero estas serias reflexiones solo se quedaban en paseos y no se radicaban en mi corazon; con esto las desechaba de mi imaginacion como malos pensamientos sin aprovecharme de ellas, y solo trataba de escaparme de mis agraviados, por cuya razon lo primero que hice fué procurar salir de la capa de golilla, así por quitarme de aquel mueble rídículo, como por no tener conmigo un innegable testigo de mi infidelidad. Para esto, luego que llegué á México y en la misma tarde, fuí á venderla al Baratillo que llaman del *piojo*, porque en él trata la gente mas pobre y allí se venden las piezas mas súcias, asquerosas, despreciables y aun las robadas.

Doblé, pues, la tal capa en un zaguan, y con solo sombrero y vestido de negro, que parecia de á legua colegial huido, fuí al puesto del baratillero de mas crédito que allí habia.

Por mi desgracia estaba este encargado por el doctor Purgante, (que en realidad se llamaba D. Celidonio Matamoros; aunque con mas verdad podia haberse llamado *Motacristianos*;) estaba, digo, el baratillero encargado de recogerle su capa si se la fueran á vender, habiéndole dejado las señas mas particulares para el caso.

Una de ellas era un pedazo de la vuelta cosido con seda verde, y un agugerito debajo del cuello remendado con paño azul. Yo en mi vida habia reparado en semejantes menudencias, con esto fuí á venderla muy frescamente; y por desgracia se acordó del encargo el baratillero, y lo primero con que tropezaron sus ojos, ántes de desdoblarla, fué el pedazo de la vuelta cosido con seda verde.

Luego que yo le dije que era capa y de golilla, y vió la diferencia de la seda en la costura, me dijo: amigo esta capa puede ser de mi compadre D. Celidonio, á quien por mal nombre llaman el Dr. Purgante. A lo menos si debajo del cuello tiene un remiendito azul, ciertos son los toros. La desdobló, registró y halló el tal remiendito. Entonces me preguntó si aquella capa era mia, si la habia comprado ó me la habian dado á vender.

Yo embarazado con estas preguntas y no sabiendo que decir, respondí: que podia jurar que la capa ni era mia ni la habia adquirido por compra, sino que me la habian dado á vender.

¿Pues quién se la dió á vender á vd. cómo se llama y dónde vive, ó donde está? Me preguntó él baratillero. Yo le dije que un hombre que apenas lo conocia: que él si me conocia á mí: que yo era muy hombre de bien aunque la capa andaba en opiniones, pero que por allí inmediato se habia quedado.

El baratillero entonces le dijo á un amigo suyo que estaba en su tienda, que fuera conmigo y no me dejara hasta que yo entregara al que me habia dado á vender la capa, que se conocia que yo era un buen verónico, pero que aquella capa la habia robado á D. Celidonio un mozo que tenia, conocido por Periquillo Sarniento, juntamente con una mula ensillada y enfrenada, una gualdrapa, una peluca, una golilla, unos libros, algun dinero y quien sabe que mas; y así que ó me llevara á la cárcel, ó entregara yo al ladron, y entregándolo que me dejase libre.

Con esta sentencia partí acompañado de mi alguacil, á quien anduve trayendo ya por esta calle, ya por la otra sin acabar de encontrar al ladron con ir tan cerca de mí, hasta que la adversa suerte me deparó sentado en un zaguan á un pobre embozado en un capote viejo.

Luego que lo ví tan trapiendo lo marqué por ladron, como



si todos los trapientos fueran ladrones, y le dije á mi corchete honorario, que aquel era quien me habia dado la capa á vender.

El muy salvaje lo creyó de buenas á primeras, y volvió conmigo á pedir auxilio á la guardia inmediata, la que no se negó, y así prevenido de cuatro hombres y un cabo volvimos á prender al trapiento.

El desdichado, luego que se vió sorprendido con la voz de *date*, se levantó y dijo: señores, yo estoy dado á la justicia; ¿pero qué he hecho ó por qué causa me he de dar? Por ladrón, dijo el corchete. ¿Por ladrón? Replicaba el pobrete, seguramente vds. se han equivocado. No nos hemos equivocado, decia el encargado del baratillero; hay testigos de tu robo, y tu mismo pelage demuestra quien eres y los de tu librea. Amárrenlo.

Señores, decia el pobre: vean vds. que hay un diablo que se parezca á otro: quizá no seré yo el que buscan; que haya testigos que depongan contra mí, no es prueba bastante para esta tropelía, cuando sabemos que hay mil infames que por dos reales se hacen testigos para calumniar á un hombre de bien: y por fin, el que sea un pobre y esté mal vestido no prueba que sea un pícaro: el hábito no hace al monge.

Conque, señores: hacerme este daño solo por mi indecente traje ó por la deposicion de uno ó dos pícaros comprados á vil precio, sin mas averiguacion ni mas informe, me parece que es un atropellamiento que no cabe en los prescritos términos de la justicia.

Yo soy un hombre á quienes vds. no conocen y solo juzgan por la apariencia del traje; pero quizá bajo de una mala capa habrá un buen bebedor; esto es, quizá bajo de este ruin exterior habrá un hombre noble, un infeliz y un honrado á toda prueba.

Todo está muy bien decia el encargado de corchete; pero

vd. le dió á este mozo (señalándome á mí) una capa de golilla para que la vendiera, con la que juntamente se robaron una mula con su gualdrapa, una golilla, una peluca y otras maritatas; y este mismo mozo ha descubierto á vd. quien ha de dar razon de todo lo que se ha perdido.

¿Qué capa, ni qué mula, ni qué peluca, golilla ni gualdrapa, ni qué nada se yo de cuanto vd. ha dicho!

Si señor, decia el alguacil: vd. le dió al señor á vender la capa de golilla; el señor conoce á vd. y quien le dió la capa ha de saber de todo.

Amigo, me decia el pobre muy apurado: ¿vd. me conoce? ¿Yo le he dado á vender alguna capa, ni me ha visto en su vida? Sí señor, replicaba yo entre el temor y la osadía, vd. me dió á vender esa capa, y vd. fué criado de mi padre.

Hombre del diablo! Decia el pobre: ¿qué capa le he vendido á vd. ni qué conocimiento tengo de vd. ni de su padre?

Si señor, decia yo: el señor lo quiere negar; pero el señor me dió á vender la capa.

Pues no es menester mas, dijo el corchete: amarren al señor, ahí veremos.

Con esto amarraron al miserable los soldados, se lo llevaron á la cárcel y á mí me despacharon en libertad. Tal suele ser la tropelía de los que se meten á auxiliar á la justicia sin saber lo que es justicia.

Yo me fuí en cuerpo gentil; pero muy contento al ver la facilidad con que habia burlado al baratillero, aunque por otra parte sentia el verme despojado de la capa y de su valor.

En estas y semejantes boberías maliciosas iba yo entretenido, cuando oí que á mis espaldas gritaban: *atajen, atajen*. Pensé en aquel instante, que seguramente se habia indemnizado el pobre á quien acababa de calumniar, y venian en mi alcance los soldados para que se averiguara la verdad, y apenas volví la cara y ví la gente que venia corriendo por detrás,



cuando sin esperar mejor desengaño, eché á correr por la calle del Coliseo como una liebre.

Ya he dicho que en semejantes lances era yo una pluma para ponerme en salvo; pero esa tarde iba tan ligero y aturdido, que al doblar una esquina no ví á un indio lozero que iba cargado con su loza, y atropellándolo bonitamente lo tiré en el suelo boca abajo y yo caí sobre las ollas y cazuelas, estrellándome algunas de ellas en las narices, á cuyo tiempo pasó casi sobre de mí y del locero un caballo desbocado que era por el que gritaban que atajasen.

Luego que lo ví, me serené de mi susto advirtiendo que no era yo el objeto que pretendían alcanzar; pero este consuelo me lo turbó el demonio del indio que en un momento y arrastrándose como lagartija salió de debajo de su *tapexile*\* de loza, y afianzándose del pañuelo me decia con el mayor corage: agora lo veremos si me lo pagas mi loza y paguemeloste de prestito; porque si no el diablo nos ha de llevar *horita, horita*. Anda noramala, indio *macuache*, le dije: ¿qué pagar, ni no pagar? Y ¿quién me paga á mí las cortadas y el porrazo que he llevado?

¿Yo te lo mandé osté que los fueras atarantado y no lo vias por donde corres como macho azorado?—El macho serás tú y la gran cochina que te parió, le dije: indigno, maldito, cuatro-orejas, † acompañando estos requiebros con un buen puñete que le planté en las narices con tales ganas, que le hice escupir por ellas harta sangre.

Dicen que los indios luego que se ven manchados con su

\* Aunque vulgarmente llaman así á las escalerillas de tablas para cargar algo á cuestas, es con equivocacion, pues su nombre en idioma mexicano es *cacaxtli*.—E.

† En el modo comun como los indios se cortan el pelo, les queda un trozo de este delante de cada oreja que llaman *barcarrota*, y aludien lo á esto se les dice por apodo *cuatra-orejas*.—E.

Hércules Julia  
de 1842 del Siglo  
19 de la era cristiana

H. Felipe Morán

~~...~~  
~~...~~  
~~...~~



sangre, se acobardan; mas este no era de esos. Un diablo se volvió luego que se sintió lastimado de mi mano, y entre mexicano y castellano me dijo: *tlacatecolli*, mal diablo, *lagron*, jijo de un *dimoño*: agora lo veremos quien es cada cual; y diciendo y haciendo, me comenzó á retorcer el pañuelo con tantas fuerzas que ya me ahogaba, y con la otra mano cogia ollitas y cazuelas muy aprisa y me las quebraba en la cabeza; pero me las estrellaba tan pronto y con tal cólera, que si como eran ollitas vidriadas, esto es, de barro muy delgado, hubieran sido tinajas de Cuautitlan, allí quedo en estado de no volver á resollar.

Yo casi sofocado con los retortijones del pañuelo, abriendo tanta boca y sin arbitrio de escaparme, procuré hacer de tripas corazon, y como los dos estábamos cerca de las ollas que eran nuestras armas, cuando el indio se agachaba á coger la suya, cogia yo tambien la mia, y ambos á dos nos las quebráramos en las cabezas.

En un instante nos cercó una turba de bobos, no para defendernos ni apaciguarnos, sino para divertirse con nosotros.

La multitud de los necios espectadores llamó la atencion de una patrulla que casualmente pasaba por allí, la que haciéndose lugar con la culata de los fusiles, llegó á donde estábamos los dos invictos y temibles contendientes.

La voz de un par de cañonazos que sentimos cada uno en el lomo nos apartamos y sqsegamos, y el sargento informado por el indio de la mala obra que le habia hecho, y de que lo habia provocado dándole una trompada tan furiosa y sin necesidad, me calificó reo en aquel acto, y requiriéndome sobre que pagara cuatro pesos que decia el lozero que valia su mercancía, dije que yo no tenia un real, y era así; porque lo poco que me dieron por las frioleras que vendí ya lo habia gastado en el camino. Pues no le hace, replicó el sargento, páguele vd. con la chupa, que bien vale la mitad; ó si no, de



Tomo 3º

EL PERICULLO.

L. am. 5.



aquí va á la cárcel. ¡Conque tras de hacerle este daño á este pobre y darle de mojicones no querer paparle! Eso no puede ser: ó le da vd. la chupa ó va á la cárcel.

Yo que por no ir á semejante lugar le hubiera dado los calzones, me quité la chupa, que estaba buena y se la dí. El indio la recibió no muy á gusto, porque no sabia lo que valia; juntó los pocos *tepalcates* que halló buenos, y se fué.

Yo para hacer lo mismo por mi lado busqué mi sombrero que se me habia caído en la refriega; pero no lo hallé ni lo hallára hasta el día del juicio si lo buscara, pues alguno de los malditos mirones, viéndolo tirado, y á mí tan empeñado en la accion, lo recogió sin duda con ánimo de restituírmelo en tres plazos.\*

Mientras que me ocupé en buscar mi dicho sombrero, en preguntar por él y disimular la risa del concurso, se alejó el indio mucho trecho: la patrulla se retiró, la gente se fué desparmando por su lado, y yo me fuí por el mio sin chupa ni sombrero, y con algunos araños en la cara, muchos chinchones, y dos ó tres ligeras roturas de cabeza.

De esta suerte se concluyó la espantosa aventura del lozero, y yo iba lleno de melancólicas ideas: algo adolorido de los golpes que sufrí en la pendencia, pensando en donde pasaria la noche, aunque no era la primera vez que pensaba en semejante negocio.

Comparando mi estado pasado con el presente: acordándo-me que quince días ántes era yo un señor doctor con criados, casa, ropa y estimaciones en Tula; y en aquella hora era un infeliz, solo, abatido, sin capa ni sombrero, golpeado, y sin tener un mal techo que me alojara en México mi patria, me acordaba de aquel viejísimo verso que dice:

\* Se entienden los del tramposo: *tarde, mal, ó nunca.*—E.

Aprended flores de mí  
Lo que va de ayer á hoy,  
Que ayer maravilla fuí  
Y hoy sombra de mí no soy.

Pero lo que mas me confundia era considerar que por los indios me habian venido mis dos últimos daños, y decia entre mí: si es cierto que hay aves de mal agüero, para mí las aves mas funestas y de peor prestigio son los indios; porque por ellos me han sucedido tantos males.

Con la barba cosida con el pecho y cerca de las oraciones de la noche iba yo totalmente enagenado sin pensar en otra cosa que en lo dicho, cuando me hizo despertar de mi abstraccion un hombre que estaba parado en una accesoria, y al pasar yo por ella, me afianzó del pañuelo y al primer tiron que me dió, me hizo entrar en ella mal de mi grado y cerró la puerta, quedando la habitacion casi oscura, pues la poca luz que á aquella hora entraba por una pequeña ventana, apenas nos permitia vernos las caras.

El hombre muy encolerizado me decia: bribonazo, ¿no me conoce vd.? Yo lleno de miedo, prenda inseparable del malvado, le decia: no señor, sino para servirlo. ¡Conque no me conoce? Repetia él enojado: ¡jamás me ha visto? ¡No se acuerda de mí? No señor, decia yo muy apurado, por Dios se lo juro que no lo conozco.

Estas preguntas y respuestas eran sin soltarme del pañuelo, y dándome cada rato tan furiosos estrujones, que me obligaba con ellos á hacerle frecuentes reverencias.

En esto salió una viejecita con una vela, y asustada con aquella escena, le decia al hombre: ¡ay hijo! ¡Qué es esto? ¡Quién es este? ¡Qué te hace? ¡Es algun ladron?

Yo no sé lo que será, señora, decia él; pero es un pícaro, y ahora que hay luz quiero que me vea bien la cara y diga si



me conoce. Vaya pícaro: ¿me conoces? Habla ¿qué enmudeces? No ha muchas horas que me viste y aseguraste que fuí criado de tu padre y te dí á vender una capa. Yo no te he desconocido, á pesar de estar algo diferente de lo que te ví; conqué tú ¿por qué no me has de conocer no habiendo yo mudado de traje?

Estas palabras acompañadas de la claridad de la vela me hicieron conocer perfectamente al que habia acabado de calumniar. No pude dejar de confesar mi maldad, y atrojado con el temor del agraviado á quien alzaba pelo, me le arrodillé suplicándole que me perdonara por toda la corte del cielo, añadiendo á estas rogativas y plegarias, algunas disculpas frívolas en la realidad, pero que me valieron bastante, pues le dije que la capa era robada; pero que quien me la dió á vender fué un sobrino del médico que era mi amigo y colegial, y que yo por no perderlo me valí de aquella mentira que habia echado contra él.

Todo puede ser, decia el calumniado; ¿pero qué motivo tuvo para levantarme este testimonio y no á otro alguno? Señor, le respondí: la verdad que no tuve mas motivo que ser vd. el primer hombre que ví solo y de pobre ropa.

Está muy bien, dijo el trapiento: levántese vd. que no soy santo para que me adore; pero pues vd. se ha figurado que todos los que tienen un traje indecente son pícaros, no le debe hacer fuerza que sean de mal corazon; y así ya que por trapiento me juzgó propio para ser sospechoso de ladrón, por la misma razon no le debe hacer fuerza que sea vengativo.

Fuera de que la venganza que pienso tomar de vd. es justa, porque aunque pudiera darle ahora una feroz tarea de trancazos, (que bien la merece) no quiero sino que la satisfaccion venga de parte de la justicia, tanto para volver por mi honor, quanto para la correccion y enmienda de vd. pues es una lástima que un mozo blanco y, al parecer, bien nacido se pierda

tan temprano por un camino tan odioso y pernicioso á la sociedad. Siéntese vd. allí, y vd. madre, vaya á traer á mis hijos.

Diciendo esto, se puso á hablar con la viejecita en secreto: despues de lo qual, esta entró en la cocina, sacó un canastito y se fué para la calle cerrando el trapiento la puerta con llave.

Frio me quedé cuando me ví solo con él y encerrado; y así volví á arrodillarme con todo acatamiento diciéndole: señor, perdóneme vd. soy un necio: no supe lo que hice; pero señor, lo pasado, pasado: tenga vd. lástima de mí y de mi pobre madre y dos hermanas doncellas que tengo, que se morirán de pesar si vd. hace conmigo alguna fechoria; y así por Dios, por María Santísima, por los huesitos de su madre que me perdone vd. esta, y no me mate sin confesion, pues le puedo jurar que estoy empecatado como un diablo.

Ya está, amigo, me decia el trapiento: levántese vd. ¿para qué son tantas plegarias? Yo no trato de matar á vd. ni soy asesino ni alquilador de ellos. Siéntese vd. que le quiero dar alguna idea de la venganza que quiero tomar del agravio que vd. me ha hecho.

Me senté algo tranquilizado con estas palabras, y el dicho trapiento se sentó junto á mí, y me rogó que la contara mi vida y la causa de hallarme en el estado en que me veia. Yo le conté dos mil mentiras que él creyó de buena fe, manifestando en esto la bondad de su carácter, y cuando yo lo advertí compadecido de mis infortunios, le supliqué despues de pedirle otra vez mil perdones, que me me refiriera quién era y cual el estado de su suerte; y el pobre hombre, sin hacerse de rogar, me contó la historia de su vida de esta manera.

Para que otra vez, me decia, no se aventure vd. á juzgar de los hombres por solo su exterior y sin indagar el fondo de su carácter y conducta, atíendame. Si la nobleza heredada es un bien natural de que los hombres puedan justamente va-